

UN autor inglés cuyo nombre hemos olvidado, escribió una vez "Inglaterra jamás tuvo una Revolución Francesa, y los americanos nunca necesitaron una". Esa breve frase nos parece condensar en muy pocas palabras la historia política de la democracia durante los tres últimos siglos — en cuanto respecta a los pueblos de habla inglesa.

Los Estados Unidos de América celebra hoy el 170 aniversario de la Declaración de la Independencia; y es un tanto desafortunado que hayan pasado tantos siglos sin que un gran porcentaje de gente en ambos hemisferios hayan decidido "¿libertad de qué?"

Para muchas mujeres y hombres americanos debe resultar un tanto desconcertante encontrar a los británicos asociándose jubilosamente con el Día de la Independencia, y que diplomáticos británicos emitan el más amistoso de los discursos a grupos de damas y caballeros reunidos para celebrar el despojo del yugo británico.

Sin embargo, consta el hecho de que el 4 de Julio de 1776, no era menos victorioso para el pueblo británico que lo era para sus conciudadanos en las colonias americanas.

Tal cual lo señala un contribuidor esta mañana, una detenida investigación demuestra que George Washington, el "Padre de su País", lejos de ser un demócrata en el sentido moderno de la palabra, fué un aristócrata, hijo de una larga serie de aristócratas, y miembro de una familia asociada con el rey contra el pueblo. Washington fué un gran caballero, brillante soldado, y demócrata hasta el punto de que resintió enteramente los dictados de una Corte anti-democrática ausente. Estaba dispuesto a luchar y a morir, como lo estaban tantos británicos en los siglos precedentes, con tal de poner fin a la arrogancia de una Corte y sus ministros.

Se debe recordar, sin embargo, que en este 170 aniversario de la independencia americana no es posible llevar a cabo una prolongada discusión respecto a la revolución americana, como una disputa puramente anglo-americana. Aun en aquellos primeros días ya habían colonos holandeses, inmigrantes alemanes y franceses; y con la colonización del Medio Oeste, luego el Este, llegó una ola de inmigración que ha transformado vastamente la naturaleza de la amalgama que hoy constituye el pueblo americano.

Ya no se puede afirmar que "la sangre es más gruesa que el agua" o que "un lenguaje común supone una opinión común". Se podría preguntar la "¿sangre de quién?". Y entonces podemos estar seguros de que la enorme ola de alemanes y suizos en el Medio Oeste, la llegada de miles de laboriosos checoslovacos, como así también la de una de las poblaciones más grandes del mundo de italianos y judíos, todos conspiran a hacer de los Estados Unidos un país que, lejos de ser una emancipada aunque revuelta comunidad británica, es, en realidad, un país poblado por nueva gente con el idioma inglés, y sus enmiendas americanas, como el accidental antes que dispuesto vehículo de lenguaje.

Una vez que los británicos y americanos estén preparados para hacer frente a los hechos y de encontrarse sobre una base igual hallan muy fácil ser amigos. Sus códigos étnicos son casi la misma cosa; su opinión comercial y los métodos tienn casi la misma base. Y ambos pueblos son democráticos y determinados a resistir todo intento de privarlos de la libertad.

Es la completa realización de las similitudes, como también de las diferencias que nos permiten extender a los americanos locales nuestras calurosas felicitaciones con la llegada de aún otro "Glorioso Cuatro." No vacilamos ni un instante en afirmar que nuestro entusiasmo es compartido por todos los hombres y mujeres británicos decentes del país.

THE GLORIOUS FOURTH

AN English author, whose name we have forgotten, once wrote "England never had a French Revolution, and the Americans never needed one." That brief sentence seems to us to condense in very few words the political history of democracy during the last three centuries—so far as the English-speaking peoples are concerned.

The United States of America celebrates to-day the 170th anniversary of her Declaration of Independence; and it is just a little unfortunate that so many decades have passed without a large percentage of people in both hemispheres having decided "independence of what?"

To many American men and women it must be just a little disconcerting to find Britons joyfully associating themselves with Independence Day, and British diplomats delivering the friendliest of friendly speeches to groups of ladies and gentlemen gathered together to celebrate the throwing-off of the British yoke.

Yet the fact remains that July 4, 1776, was not less a victory for the British people than it was for their fellow-countrymen in the American colonies.

As a contributor to our columns this morning points out, careful investigation in England shows that George Washington, the "Father of his Country," so far from being a democrat in the modern sense of the word, was an aristocrat, the son of a long line of aristocrats, and member of a family associated with the King against the people. Washington was a great gentleman, a brilliant soldier, and a democrat to the extent that he wholly resented the dictatorship of an anti-democratic absentee Court. He was prepared to fight and to die, as were so many Britons in preceding centuries, to call a halt to the arrogance of a Court and its Ministers.

It should be remembered, however, that in this 170th year of American independence it is not possible to engage in prolonged discussion of the America Revolution as a purely Anglo-American dispute. Even in those early days there were already Dutch settlers, German and French immigrants; and with the opening up of the Middle West, then the West, there came an influx of immigration that has vastly changed the nature of the amalgam which is the American people to-day.

No longer can it be claimed that "blood is thicker than water," or that a "common language compels a common outlook." It might be asked, "Whose blood?" And then we may be assured that the vast influx of Germans and Swedes into the Middle West, the advent of tens of thousands of hard-working Czechs, and the arrival of one of the largest Italian and Jewish populations in the world, all conspire to make the United States a country that, so far from being an enlightened but revolted British community, is in reality a land populated by a new people with the English language, and its American emendations, as the accidental rather than the designed vehicle of speech.

Once Britons and Americans are prepared to face the facts and to meet each other on a factual basis, they find it quite easy to be friendly. Their ethical codes are much the same thing; their commercial outlook and methods have much the same basis. And both peoples are democratic and determined to resist every attempt to curtail their freedom.

It is full realisation of the similarities, as well as the differences, that enables us to extend to local Americans our whole-hearted congratulations on the arrival of yet another "Glorious Fourth." We have not the slightest hesitation in saying that our enthusiasm is shared by every decent British man and woman in the country.



EMBASSY OF THE
UNITED STATES OF AMERICA

*As this the one hundred and
seventieth anniversary of the Independence
of the United States of America, I am
proud that our Argentine and British
friends join us in the fervent hope
that the Victory has secured us, and
all people everywhere, for all time,
freedom to live in peace.*

Cordially

J. Menéndez

July 4, 1946.

Benito Ruiz

Mr. Harry S. Truman...



...thirty-third President of the United States of
America on the 170th anniversary of the indepen-
dence of the nation which is celebrated to-day,

July 4. 1946